

Desangrándose entre abrojos  
agonizan mis quebrantos...  
¡Ven á darme tu consuelo,

para que mis pobres ojos,  
cual los ojos de los santos  
se vidrien mirando el cielo!

CADENAS DE ROSAS

I

Con tu flotante túnica jacinto,  
que á tus hombros sujeta un camafeo,  
en cuyas gemas cinceló el deseo  
todos sus simulacros, y tu cinto

de hieródula, de un oro casi extinto,  
empuñando la antorcha de Himeneo,  
en los umbrales de mi amor te veo,  
cual si acabaras de bajar de un plinto.

¡Oh, quién fuera, mujer, la áurea serpiente  
que se enrosca á tu brazo! Lentamente,  
mi achatada cabeza extendería

hasta la flor abierta de tu seno,  
y mi aguijón en él te dejaría  
el olvido mortal de su veneno.

II

El tedio de la vida cotidiana...  
Siempre igual... siempre igual... Es el presente  
un desagrado, un gesto displicente;  
el ayer una lágrima; el mañana

una sonrisa... ¿Sonreirás, hermana  
de mis sueños, pensando en que el ausente  
se detenga al pasar? La vieja fuente  
sus collares de lágrimas desgrana

en el silencio del jardín florido.  
Díce el agua al pasar: —Recuerda y sueña!—  
mientras el corazón solloza: —Olvido...

¡Y otra vez hacia mí risueña avanzas,  
y tu mano infantil de nuevo es dueña  
de todos mis recuerdos y esperanzas!

III

Al verte, dije al corazón: —¿Es ella?,  
y el corazón me respondió: —¿Lo dudas?  
Verás, si al cabo su pudor desnudas,  
entre sus senos fulgar tu estrella.

Es ésta y es la otra y es aquélla;  
todas al par. Si con su amor te escudas,  
rebotarán en él las más agudas  
saetas del destino, que es tan bella,

que su propia belleza infunde miedo  
á la muerte!—y calló... Desde aquel día  
creo en la eternidad, porque no puedo

ni presentir, ni sospechar siquiera,  
que una pasión tan grande cual la mía,  
bajo el olvido de la tierra muera.

IV

Cuando cautiva estés en tierra extraña,  
la púrpura y el oro del Poniente,  
¿no te recordarán el refulgente  
y victorioso pabellón de España?

Entonces sufrirás la hosca y huraña  
tristeza del destierro. Entre la gente  
sola te encontrarás, y una imprudente  
lágrima ha de temblar en tu pestaña.

Y acaso entonces mi recuerdo sea  
quien tu lágrima enjague. Y cuando mires  
tu pobre vida sucumbir esclava

del áurea vanidad que te rodea,  
quizás, pensando en mi dolor, suspires:  
—¡Era pobre, es verdad, pero me amaba!

V

¡Oh!, dime triste huérfano, ¿en qué hora  
tu angustia fué mayor? ¿Cuando abrazado  
al cuerpo maternal te vió el helado  
azul mortecino de la aurora,

ó al contemplar, de la mujer que adora  
tu ardiente corazón enamorado,  
el blanco rostro, en lágrimas bañado,  
sabiendo, triste, que por tí no llora?

¿Qué hora fué para tí más larga y friste?...  
¡Tú bien lo sabes, pobre boca mía,  
que aún palideces recordando aquella

lágrima que en tus labios absorbiste...  
Más que una perla humana parecía  
ópalo desprendido de una estrella!

VI

Miraron los espejos familiares  
bajo las tenues luces, cómo inquieta,  
la temblorosa mano del poeta  
iba desengarzando los collares

de tu cuello y los broches tutelares  
de tu pálida túnica violeta,  
hasta que alegre apareció completa  
tu desnudez de lirios y azahares.

La brisa se embriagó con la fragancia  
que tus jardines íntimos aroma,  
y tus secretos me contó al oído,

mientras el sol, al alumbrar tu estancia,  
al imposible, como una paloma,  
sobre tus senos sorprendió dormido!

VII

Aún muestra el muro su tapiz de hiedra  
y aún aroma el balcón, el jazminero,  
y en la paz silenciosa del sendero  
el musgo humilde reverdece y medra.

Sobre el banco romántico de piedra  
que custodia el ruinoso invernadero,  
si nunca has de venir ¿por qué te espero?  
La soledad de tu jardín me arredra.



Todo el jardín, las fuentes y las flores  
perfuman de imposible mis amores.

Y el suspirar del agua que me arrulla,

y el temblor de la brisa entre las ramas,  
dicen á mi ilusión: —¿Por qué le amas  
si jamás, pobre iluso, será tuya?

VIII

En la fresca esmeralda del paisaje,  
al ritmo fugitivo de tu paso,  
con las suntuosidades del ocaso  
se enjoyaban las sedas de tu traje.

Tanta fastuosidad era un ultraje  
á mi pobreza, que apurando el vaso  
de su dolor, tras tu brial de raso  
humilde caminaba igual que un paje.

Y allí solos los dos, pudo haber sido  
realidad el ensueño de mi vida...  
De tanto respetarte, te he perdido.

¡Para ti no hay remedio, alma dolida,  
porque bajo el cauterio del olvido  
se agrandan más las llagas de tu herida!

IX

Si yo fuese un orfebre florentino,  
sobre el cristal de una esmeralda clara  
con unción religiosa, cincelara  
la línea audaz de tu perfil latino.

Y en el más puro oro, en el más fino,  
después, como una lágrima engarzara  
la verde gema, para que brillara  
en medio de tu seno alabastrino.